

VIDA CONSAGRADA: FORMACION Y MISION CARA AL FUTURO.

P. Luis de Diego, S.J.

Desde el campo del trabajo en la formación para la Vida consagrada, se puede apreciar un mundo lleno de vida. También se es testigo de crisis, debilidades y capitulaciones. Con todo, resulta evidente el sentido, la profunda razón de ser de la Vida Consagrada, así como su proyecto, y su utopía realizada, como también fallida, si uno se remite al ideal primitivo). La Vida Consagrada se resiste a una definición por su misma pluralidad y riqueza en el Espíritu. Y tiene una razón de ser, hoy más que nunca. Hoy, en medio del impacto de una civilización globalizadora, secularizante, hipersexualizada y consumista, entran en crisis los valores de los que quiere ser testigo, e incluso la misma transmisión de la fe. Otro reto se añade en nuestro continente: la delicada tarea de transmitir el Evangelio en moldes culturales propios. Encontrarnos a las puertas de un nuevo milenio en la historia de la iglesia y de la vida religiosa añade un nuevo interés.

Nuestra reflexión se centrará en la Vida consagrada que queremos vivir hoy. Cómo integrar sus aspectos claves: la consagración y, al mismo nivel, la misión. Más específicamente durante el tiempo de la formación, con la centralidad que debe asumir el estudio de la Teología.

Será interesante también anotar de entrada que de todos los religiosos y religiosas del mundo, que superan el millón cien mil personas (aunque sólo el 0'12% de la Iglesia), las dos terceras partes, el 73% son mujeres. Es significativo recordar al respecto lo que decía el Instrumento de trabajo, preparatorio al Sínodo sobre la Vida religiosa que tuvo lugar hace algunos años:

«La mujer, y la mujer consagrada, en la reciprocidad y complementariedad con los hombres, debe asumir todas sus responsabilidades en la sociedad y en la Iglesia con su contribución y la riqueza de su ser femenino. Este es un desafío urgente de la cultura actual. Los obispos están llamados a discernir y acompañar lo que concierne a las mujeres consagradas, que esperan con confianza una palabra eficaz».¹

UN NUEVO DESAFIO

El desafío global de la vida consagrada hoy consiste en tener que inventar una nueva manera de ser (donde se gastó la antigua) y también de «estar» y de hablar, con signos y palabras, más trascendentes, transparentes y proféticos. ¿Es profética nuestra misión? Aunque el término en boga sea poco preciso y no exclusivo de la vida religiosa, será 'profética' nuestra misión si «manifiesta y muestra que el mundo no puede transfigurarse sino mediante el espíritu de las bienaventuranzas», como escribe P.H. Kolvenbach. Lo que deberá transparentarse en la calidad del compromiso personal, en el estilo de vida, en la manera de trabajar, y en la calidad, también, del compromiso comunitario. Contra la tendencia individualista contemporánea la comunidad, en si misma, debe ser un camino de evangelización. También se deberán tomar más en cuenta los valores reconocidos y apreciados, aunque no en forma clamorosa, en nuestro mundo parcialmente inhumano, injusto y fragmentado. Valores como el servicio desinteresado y gratuito, la disponibilidad para la misión, la solidaridad con los más pobres...

UNA MISION

¿Qué entender, básicamente, por Vida Consagrada? La Evangelii Nuntiandi nos lo decía, hace años, de manera definitiva y todavía actual:

«Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo.»²

Pero «les debe muchísimo» si realmente su vida ha estado marcada por la «originalidad» y la «imaginación.» No se entra a la vida religiosa para conservarse mejor. Los votos significan que hay alguien que desea ser una persona contemplativa, de ojos limpios, no manipuladora. Una persona que sabe desplegar en coraje, imaginación y creatividad, poniendo en riesgo incluso la propia santidad (dice el Papa), y la propia vida. La vida sí, pero ¿la santidad? Parece que también. Este es el gran mensaje de la vida consagrada, el

que justifica unos votos que no son renunciaciones, sino privilegios para hacernos más libres, más creativos, más arriesgados, más posibilitadores de ese espíritu que se manifiesta donde parece que no podía haber espíritu ni cosa parecida.³

Mirando honestamente la realidad, hay «muchísimo que hacer». La vida religiosa tiene una razón de ser profunda en el próximo milenio siempre que no se desentienda del evangelio y las raíces fundacionales que dan sentido a su existencia. Cada uno de los religiosos y religiosas puede tener «un puesto y una misión», personal e intransferible, por concreta y sencilla que sea, sugerida por ese mirar honesto a la realidad. No es tarea exclusiva de unos pocos. Cada uno puede, y debe encontrar su modo posible y realista de evangelizar hoy. En el caso de algunos, mayores o jóvenes, el simple participar en cualquiera de estas maneras de «estar» frente a los demás puede convertirse en un momento decisivo para su vida. Sobre todo si no se limita la vida fraternal a una vida comunitaria vivida bajo un mismo techo, sino que se plasma en un «proyecto común de evangelización» mediante la unión de corazones y el discernimiento a través de un cuerpo apostólico común.

LA ESPIRITUALIDAD COMO UNA MANERA DE ESTAR...

Todo esto supone una espiritualidad. La espiritualidad es algo que marca, que expresa la propia identidad. Será, y de una manera muy importante, la *manera de estar* ante la realidad, con los hermanos, entre los demás. El estar expresa nuestro ser situado, nuestro ser en la realidad concreta espacio temporal, en la circunstancia. El estar de una persona es su espiritualidad, porque expresa su manera de situarse en la vida, frente a las cosas, frente a los demás, frente a sí mismo, y lo que posibilita o no, objetivamente, la fraternidad y la solidaridad.

Podríamos preguntarnos: La fe en Jesús, ¿qué es lo que produce en nosotros? ¿Una «perfección» llena de miedos, asustada por los riesgos, cuando la Vida consagrada debería ser una fuente de riesgos para perder la vida por Jesús y por el Evangelio? Lo que propone la Vida consagrada es una opción liberadora para uno mismo, es un privilegio. No es una heroicidad. Si alguno se encuentra en la vida religiosa para ser héroe debería irse a otra parte. Ella es un don, un privilegio liberador para mí y para los demás: renunciar al poder del tener, por la pobreza, al poder del sexo, por la castidad, y a la autosuficiencia, al poder de sí mismo, a través de la escucha, es decir, la obediencia, que nos capacita para un servicio gratuito.

¿Cuál fue la espiritualidad de Jesús? ¿Cuál fue su identidad? Filipenses 2, 6-8 intenta describirlo. Es ese descenso, ese despojarse de su divinidad, ese hacerse uno de tantos y estar como uno cualquiera, hasta morir en cruz, es decir, hasta hacerse la suprema marginación y ponerse a un lado. Escandalizó, como se nos dice en el texto sorprendente y desconcertante de Mt 11,2-6:

«Juan, que estaba en la cárcel, oyó hablar de los hechos de Cristo, y le envió unos discípulos suyos a que le preguntaran: - ¿Eres tú el que había de venir, o debemos esperar a otro? Jesús les contestó: - Vuelvan a Juan y cuéntele lo que están viendo y oyendo: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de su enfermedad, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación. Y bienaventurado el que no se escandalice de mí.»

La tentación de «idealismo», tan frecuente en ciertos tipos de vida religiosa, de grupos cristianos, y en algunos ejercicios espirituales, no se vence sino a base de contacto muy concreto -más allá del ordenado desorden de nuestra sociedad en la que pululan marginados de todo tipo-, con la realidad dura y difícil de mucha gente. No otra cosa hace Dios en Jesús. En tal integración real de mística y práctica podría surgir una eficaz fuente de creatividad para personas e instituciones. Es posible que se juegue en ello el futuro de la Vida religiosa, o consagrada. Y ese suplemento de «espíritu» que está llamada a aportar al mundo.

Un «estar» que se vive, hemos dicho, como don, con gozo. Una persona que arriesga con amargura, se encuentra de sobra. Nadie la necesita. No está haciendo un favor a nadie. Al revés. Si uno mismo es el privilegiado porque lo vive como un don, lo vivirá gozosamente, como algo que no le pertenece, y que siempre resultará nuevo. Descubrirá maravillas.

... Y UN MODO DE SER.

Para vivir esa «misión» y ese «estar», la vida consagrada necesita que la mayoría de sus miembros se alimenten de una fe intensamente experimentada y vivida. Lumen Gentium define la identidad de la Vida consagrada con dos palabras: «prefigurar la Resurrección».

Por ello, la Iglesia universal puede interpelar con pleno derecho a la

Vida Consagrada sobre su misión de «manifestar», «poner a la vista», «atestiguar» y «anunciar»⁴ «de manera luminosa y excepcional que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las Bienaventuranzas».⁵ Desde este punto de vista importa poco que el número de los religiosos crezca o disminuya, y la mayor o menor importancia de sus obras; lo realmente importante es si la Vida consagrada, orando y trabajando, conserva y acentúa la transparencia de su misión en la Iglesia para el mundo. Y, también en este punto, una autocrítica seria y valiente sería indudablemente muy útil a todos, a fin de evitar un idealismo exagerado. Aunque no deba hacerse a costa de una mirada pesimista respecto al futuro.

La primera Iglesia anunció, después de la Pascua, el Evangelio de la salvación, la actualización de lo único que predicó Jesús, el Reino de Dios. ¿Cómo lo entendió? En el sentido de que la cruz y resurrección de Cristo eran capaces de transformar personas cuando ‘sucédían’ en la misma persona. Creer en esa muerte- resurrección no es otra cosa que creer que el hombre torcido no se arregla sino cuando el resucitado vive en él y por inhabitación elimina el pecado. No otra cosa es el evangelio, tal como lo vive y anuncia Pablo: un acontecer de la muerte y resurrección de Cristo en las personas. Tanto que se puede decir que el Jesús histórico hoy es el cristiano. El resucitado vive por lo que están viviendo los cristianos. Y ¿cómo se cuenta y anuncia tal hecho? Con la propia vida, no con discursos. Por eso la aparición más clara del Resucitado es el cristiano viviendo la cruz, es decir, la entrega incondicional al servicio del otro: salir, y servir. El cristiano bautizado - y con mayor razón la persona «profesa» públicamente en la Vida consagrada- están llamados a realizar en su propia vida, la muerte y resurrección de Jesús

Si la Vida consagrada es un llevar a sus últimas consecuencias la consagración bautismal, las consecuencias de ese «prefigurar la resurrección» deben ser visibles. Y la persona consagrada, al vivir al resucitado, la cara que debe mostrar es la del crucificado, la del servidor. Transparenta en su vida al resucitado que vive, en él o en ella, por la fuerza del Espíritu. «La fuerza de Dios» - «*dynami tou zeou*» - es el Espíritu Santo. El Evangelio no es otra cosa que el Espíritu Santo del Resucitado. Se nos da el Espíritu Santo para cambiarle a uno de pecador en crucificado, es decir, servidor. Este es el primer requisito de toda nueva evangelización: ¿Cómo es el «*ser*» del evangelizador, su fe, el abandono de sí mismo a la acción salvífica de Dios en Cristo? Una manera de ser y vivir en la que se transparenta el mismo Cristo (Gal 2,19 s). Es exacta, por tanto, la afirmación de que los desafíos del Concilio y del mundo actual

exigen de la Vida consagrada no tanto cambios estructurales cuanto una auténtica conversión del corazón. Y también un «sentir en la Iglesia» renovado.

GRATUIDAD

La fe intensamente vivida se alimenta con su respiración natural, que es la oración. Hay que dar a la oración la importancia de una de las cosas más serias que hay que hacer y *ser* en la vida consagrada.

Orar no es otra cosa que tomar conciencia, como lo hace Jesús, de la realidad de Dios y dejarla que invada el propio corazón. Orar significa abrir espacio para que esta muerte y resurrección de Cristo tenga lugar en nosotros y nos cambie. También esto es don. Deberá pedirse con intensidad y constancia. En Mt 7, 7-8 encontramos lo que es un modo de *ser* y *estar* «desde abajo», desde la gratuidad:

«Busquen y hallarán, pidan y se les dará, llamen y se les abrirá, porque el que busca halla, al que pide se le da, y al que llama se le abre».

Buscar, pedir, llamar, tres verbos que nos molestan porque parten de tener que reconocer una incapacidad propia, una no-autonomía. No nos gusta pedir; es mejor poseer la seguridad de que yo lo adquiero, y me lo tienen que dar, porque lo pago. Buscar. Tampoco nos gusta que se nos pierda algo; más bien lo tenemos todo, ideas incluidas, muy claro. Molesta tener que llamar a alguien. «Dame una llave, que yo abro por mi cuenta». Pues no hay llave. Tendré que pedir, tendré que buscar, tendré que llamar siempre.

Ninguno de estos tres verbos nos gustan pero los tres son necesarios. Nos llevan a la profunda relación que se da entre Revelación y gratuidad. Una Revelación que privilegia a los simples y gente sencilla (*nepioi*, niños pequeños), a los que no tienen dificultad en pedir, buscar, llamar. Y si esto es así, será «desde abajo» el lugar desde donde podemos descubrir la espiritualidad cristiana.

Una espiritualidad que siempre estará abierta al don desde la petición, desde la radical incapacidad, desde lo que no tenemos. Que siempre estará abierta a la sorpresa de lo inesperado, de lo que nos desborda, de lo no asegurado..., desde la búsqueda. Y que siempre estará abierta a Dios desde la llamada a una puerta de la cual yo no tendré nunca la llave.

LA FORMACION

¿Qué tiene que ver todo esto con el tiempo de formación, tiempo de integración personal, afectiva, espiritual, comunitaria, intelectual y apostólica? Un tiempo de disciplina personal. Necesaria, por ejemplo, a quien se dedica al estudio de una Filosofía y Teología si esto no consiste en un simple trámite por el que toca 'pasar'. Tiempo de formación que tiene que ver lo mismo que Nazaret tiene que ver con toda la vida de Jesús. Toda la experiencia de vida de Jesús se elaboró en Nazaret. No poseemos otra fuente de lo que fue Jesús como persona, como ser humano. Nazaret es el resultado de una experiencia acumulada a lo largo de años rutinarios, como uno de tantos, como uno cualquiera. No es posible pasar a Nazaret por alto, y reducirlo toda la salvación del Evangelio a la conflictiva vida pública de Jesús, o al triduo pascual.

Este dato se revela fundamental en tiempos de inmediatez y urgencias donde el simple estar, el estudio serio y prolongado, y hasta el cultivo de la vida comunitaria pueden parecer pérdida de tiempo ¿Por qué Jesús sale de Nazaret a los treinta y cinco años? ¿Y nosotros antes? ¿Para rendir más? Los «treinta años» de Lucas, designan al sujeto en toda su madurez posible. Aquí reside nuestro problema cuando organizamos comunidades apostólicas conformadas por gente inmadura. Luego, enseguida, alguien dice: «Vamos a hacer comunidades fuera». ¿Para qué? ¿Para fugarnos del propio encuentro, de la soledad, del silencio, del estar, del estudio, del contacto consigo mismo? ¿Qué comunidades vamos a formar así?

Todavía hay otro dato a tener en cuenta: masiva y progresivamente, la actividad de Jesús fue con el grupo de los más cercanos, con los discípulos. Y ¿para qué los llama y reúne? Dice Mt 10 que para poder enviarlos. Enviarlos ¿a qué? A anunciar Reino de Dios. ¿Cómo así? ¿Sin entenderle a Él, sin comprender aún nada? Porque es sabido que los discípulos vienen a conocer a Jesús 30 o 40 años después de su muerte. No. Jesús no los envió a anunciar el Reino de Dios. Pero ¿no nos dice el Evangelio que regresaron contando maravillas? Esa es la misión de la Iglesia muchos años después, y que supone la experiencia del Misterio Pascual. Parece ser que Jesús mismo no envió, porque no lo llegaron a entender plenamente mientras vivió. Somos nosotros los que, con frecuencia, enviamos gente sin saber a qué. Y tampoco se trata de que Jesús se consiguiera discípulos «para que le ayuden». ¿Ayudar a qué? A repartirse el trabajo ¿Qué trabajo? Únicamente después de la Resurrección. No hay

misión sin Misterio Pascual. Sin que 'acontezca' en uno mismo.

Así pues, la primera tarea de la formación es entender, comprender, y después estar convencido de que lo que se habla es de Dios. Las cosas son divinas cuando son transparentes. Transparencia del crucificado-resucitado. No otra. Sólo entonces podrá uno «ser enviado y anunciar». La pregunta religiosa por excelencia no es «¿quién es Dios?», sino «¿quién soy yo?» «¿Qué somos nosotros?» ¿Somos transparencia? ¿De qué somos transparencia? ¿Qué podemos hacer?

En Mc 3,13 ss, se nos entrega una clave: «Y vinieron donde Él». «Los llamó para que estuvieran con Él» (Mc 3, 14). El predicar vendrá mucho después. Entre «estar con Él», y «enviarlos a predicar» pasarán muchos años... Por tanto, antes que nada callar, observar la realidad, contemplar, escuchar, leer, estudiar, reflexionar, comprender, orar, convertirse, servir en el anonimato... Si no soy claridad, transparencia del Cristo, ¿a quién voy a anunciar?, ¿qué voy a anunciar?

LA TEOLOGIA

En este contexto podemos entender mejor la importancia de la Teología, de la formación intelectual en la Vida Consagrada. Se trata de integrar el dato dogmático, desde la realidad que nos toca vivir, junto con la propia respuesta personal de fe. Para llevar a la práctica el principio hermenéutico básico de todo el Antiguo y Nuevo Testamento: «Tomar conciencia de cómo Dios actúa y ponerse uno a hacer lo mismo». Tomar conciencia y practicar. Practicar a Dios. Atrevida expresión.

La teología es un lenguaje sobre Dios. El misterio de Dios. Se trata de realizar un esfuerzo por pensar y hablar el misterio. Un misterio que necesita ser dicho y no callado, comunicado y no guardado para sí. Porque «el hecho de tener que ser revelado pertenece a la esencia del misterio». Pensar el misterio de Dios significará partir de su voluntad de autocomunicación a «todas las naciones» (Mt 28, 19). El marco y las exigencias del anuncio son fundamentales para el trabajo teológico. Pero, ¿cuál será el camino, el método para hablar de Dios?

Gustavo Gutiérrez propone un acertado método para el quehacer teológico:

«A Dios, en primer lugar, se le contempla, al mismo tiempo que se pone

en práctica su voluntad, su Reino; solamente después se le piensa. En categorías que nos son conocidas contemplar y practicar es en conjunto lo que llamamos *acto primero*; hacer teología es *acto segundo*. Es necesario situarse en un primer momento en el terreno de la mística y de la práctica, sólo posteriormente puede haber un discurso auténtico y respetuoso acerca de Dios. Hacer teología sin la mediación de la contemplación y de la práctica sería estar fuera de las exigencias del Dios de la Biblia. (...) En efecto, la teología es - tomando el doble significado del término griego *logos*: razón y palabra - palabra razonada, razonamiento hecho palabra. Podemos decir, por todo eso, que el momento inicial es el *silencio*; la etapa siguiente es el *hablar* ».⁶

La contemplación de Dios y el «practicar» a Dios constituyen el momento de silencio ante el Misterio. Porque al «practicar» - en cierto sentido-, también se calla. En el trabajo, en el estudio, en el compromiso comunitario, en nuestro servir y estar ante los demás no estamos 'hablando' de Dios. Vivimos de Él, pero no ha llegado el momento todavía de hablar. Este '*acto primero*' (contemplar y practicar) es muy importante. Y nos lo recuerda la definición de teología que nos propone Evagrius: «*Si eres teólogo orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente eres teólogo*». Un discurso sobre Dios que no provenga del silencio y del servicio callado, y no conduzca de nuevo al silencio y al servicio, desconoce por completo con quién tiene que habérselas. Es la mediación necesaria para poder «pensar y hablar» de Dios y sobre Él: hacer teología, '*acto segundo*'.

¿Cómo pensar, estudiar teología y hablar desde América Latina donde vivir «es peligroso»? ¿Cuál es la importancia de la palabra? ¿Con qué lenguaje decir a los que no viven ni son considerados como personas que son hijas e hijos de Dios? ¿Que Dios los quiere y que viene a ellos?

LA PALABRA RELIGIOSA

La finalidad de un estudio serio y prolongado de la Teología no es otra que capacitarnos para pronunciar la Palabra religiosa, el medio y el arma fundamental de que disponemos para la misión evangelizadora a la que nos envía la Iglesia.

La *Evangelii Nuntiandi* propone como los medios más importantes para la misión evangelizadora, y siguiendo a Jesús: tras el testimonio de vida,⁷ una predicación viva en base al anuncio explícito de la palabra,⁸ en conexión necesaria con la promoción humana.⁹

Es cierto que la liberación integral, humana y evangélica, no se hace sólo con palabras. Hacen falta otros esfuerzos que el mismo Jesús «significó». Pero nuestro aporte más específico, dado que la Iglesia y la Vida consagrada no poseen medios de producción, sindicatos, partidos políticos..., será a través de la Palabra. Una Palabra que tiene su propia eficacia, que es eficaz por ser trascendente. Y por ello, distinta a la palabra profana, del economista, por ejemplo. Una Palabra que tiene que ser necesariamente histórica, es decir, referida a un determinado 'estar' de las cosas, al 'aquí' y al 'ahora' en el que habla Dios. Como decir, por ejemplo: «Es voluntad de Dios que los niños tengan qué comer». Cuando se deba decir. Podemos tener esa Palabra religiosa en sentido profundo. La contraposición estaría en una mera palabra 'religiosista', es decir a-temporal, sin ninguna referencia a la vida concreta de la gente.

Es normal que, en la Vida consagrada, tengamos, además, otras palabras 'históricas': la económica, la educativa, la psicológica, sindical, organizativa, sociológica, filosófica... Lo importante, entonces, será, no que nuestra Palabra religiosa «bautice» a las otras palabras (a la 'corrompida' economía, por ejemplo), o que simplemente se coloque en paralelo o yuxtapuesta (como en una vía muerta), sino que las ilumine. Iluminar otras palabras. Y que, al estudiar y conocer esas otras palabras, aprendamos la profundidad que hay en la Palabra religiosa.

EFICACIA DE LA PALABRA

La Palabra religiosa es eficaz por lo que hace y por lo que puede hacer. En el continente latinoamericano, y también en Venezuela incide de hecho, o ha podido incidir, en las personas y en los líderes para bien o para mal. Puede influir también en la dirección global de las estructuras, y como juicio de ellas. Y en la conciencia colectiva de un país.

¿Por qué es eficaz la Palabra religiosa? Al tener su raíz en la transcendencia tiene una ultimidad específica que normalmente no tienen otras palabras. Cuando las cosas se dicen en nombre de Dios esas palabras, en nuestros países, tienen una radicalidad en la línea de la entrega, del compromiso, hasta del martirio... También la Palabra religiosa posee una credibilidad distinta de la que tienen otras palabras debido al desinterés de ganancia personal con que se pronuncia, y también al hecho de su entrega y compromiso en la

defensa de causas justas y de grupos humanos necesitados.

Los contenidos genéricos de la Palabra religiosa que deben hacerse históricos son bien conocidos: la Verdad, el Amor, la Justicia y la Compasión (ambas unidas), la Esperanza, el Reino de Dios como plenitud de esta justicia, el hombre nuevo, la lucha y la reconciliación (las dos unidas)...

Estos contenidos son presentados, no como políticos, sino como utópicos, todavía no presentes. Estos principios utópicos, aunque no plenamente realizables en la historia, son un comienzo, inician algo importante. Si uno los enuncia, trabaja con ellos y los nombra encarnados en otras palabras, si los pronuncia con claridad, constancia, credibilidad, testimonio..., son eficaces. Trabajando por ella y con ella la historia puede «dar más de sí». Así se ha visto en el presente de la Iglesia. En sentido contrario pudo darse, en el pasado, cierta predicación que alentaba una resignación injusta en nombre de Dios. Y fue eficaz, también, esta predicación. Decir la Palabra será siempre una gran responsabilidad.

Queda por hacer una constatación importante: ¿Estamos nosotros mismos convencidos? ¿Creemos que la Palabra religiosa tiene fuerza, que la fe tiene una eficacia histórica que le es propia? ¿O vivimos, de hecho, un dualismo radical?

Vale la pena dedicarse a tiempo completo, y perdido para cualquier otra cosa, al estudio personal y apasionado de la Teología si tenemos por delante esta motivación y nuevo proyecto evangelizador. Nos encontramos en el centro de nuestra misión.

FUTURO ABIERTO

Es cierto que vivimos un tiempo «extintor-de-tradiciones» y en el que nunca como antes, al menos en el primer mundo, se está cuestionando la constitución global del cristianismo y, consecuentemente, de la Vida Consagrada. El adversario en este momento no es alguien concreto: se trata de un ambiente, es el espíritu de una época cuya característica es no tenerlo. Vivimos las delicias del relativismo, «de un mundo económico triste, banal y omnipotente», de una sociedad laxista que provoca la dulce decadencia de los individuos no capaces ya de soportar obligaciones cívicas o comunitarias, y ningún tipo de compromiso. Debemos estar atentos por lo que nos puede tocar, y de hecho nos está ya tocando.

Necesitaremos un sobreañadido de «transcendencia nueva y renovadora, fundamentada sobre la dimensión mística del cristianismo, demasiado olvidada a menudo,» como lo ha afirmado últimamente E. Schillebeeckx. Una actitud místico-profética, que nazca de una experiencia, y que nos permita «entrar más adentro en la espesura» para responder, con vida y palabra, al Dios que nos sale al encuentro en el desafío de nuestro tiempo. En el rostro del «otro», sea cual sea la perversión de su forma exterior histórica, arde el fuego del Dios vivo. Desde esa ardiente zarza podemos escuchar la palabra, la caricia, el silencio, el lamento, el clamor e incluso el rugido de Dios, como lo expresa Amós. (Ex 3, 1-10; Amós 3, 4.8).¹⁰ Habrá que contemplar, escuchar, practicar, hablar...

En América Latina, nuestros países todavía siguen abiertos, en gran medida, a lo religioso. Los símbolos religiosos, personales y grupales, poseen importancia y fuerza social. La Iglesia, en Venezuela, ha gozado de credibilidad. En variadas ocasiones ha sabido pronunciar la Palabra que necesitaba el país. Y lo ha hecho con fuerza y eficacia. Ha podido constituirse en foco iluminador. Tiene sentido especializarse en la Palabra religiosa, y decirla «en colaboración con la misión de la Iglesia».

El tiempo de la formación, el estudio de la Teología es largo, y debe ser serio. Lo que lleva consigo su cuota de pecaminosidad posible, como puede suceder en todas las áreas humanas. El cansancio, la rutina, el escapismo, pueden ser las tentaciones de este tiempo. Pero es un tiempo que también nos puede abrir a muchas nuevas posibilidades para el futuro, y nos coloca ante una responsabilidad mayor.

Mientras la Vida Consagrada decida formar seriamente a las nuevas generaciones, en base a un discernimiento de lo que se debe hacer en un determinado momento histórico, se está fundamentando de cara al futuro.

Si, aun en situación de diáspora, sabe presentar una imagen creíble de libertad y liberación evangélica...

Si como cuerpo, y en discernimiento, sigue enviando gente en misión evangelizadora a donde no suele ir nadie, a las fronteras (no sólo geográficas, sino sociales, culturales, ideológicas...), sumando para ello muy diversos esfuerzos y aportes...

Si en su trabajo directo pastoral, organizativo, social..., a nivel popular es capaz de suscitar modelos iluminadores y multiplicables que puedan llegar a muy diversos lugares y personas...

Si desde las plataformas que son sus centros educativos -de gran valor simbólico y real- promueve un trabajo formativo en el que la Palabra religiosa tenga un peso socialmente consistente...

Y si, esté donde esté como plataforma, llámese universidad, colegio, escuela, hospital, parroquia, revista, inserción..., no pierde nunca de vista el colocarse como Jesús, desde abajo, como uno de tantos, como uno cualquiera, y que, para conseguirlo, quienes lo capten mejor lo sepan comunicar a los demás...

Si la Vida consagrada como cuerpo global responde, y lo sabe hacer como equipo apostólico, estará cumpliendo la propia consagración-misión, y tendrá vida y vida abundante en el próximo milenio.

NOTAS

1 Instrumentum Laboris, 20

2 Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, & 69

3 Chércoles, A., La espiritualidad de la vida religiosa y la evangelización desde los últimos, en CONFER, Revista de Vida religiosa, Madrid, nº 116, pp 671-682. De donde tomamos, en esta primera parte, algunas sugerentes líneas de pensamiento y vida.

4 Lumen gentium, 44.

5 En referencia a Lumen gentium, 31.

6 Gutiérrez, G., Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente, Ed Sígueme, 1986, Salamanca, p. 17.

7 Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, 41.

8 Ib., 22, 42.

9 Ib., 29-33.

10 Alonso Schökel, L. comenta, a propósito del libro de Amós: “El Señor es el león que ruge antes de hacer presa; el profeta es la voz de su rugido (3, 4.8), que denuncia e invita a la conversión; si ésta no llega, el león hará presa” (3,12; 5, 19). En Nueva Biblia Española, Ed. Cristiandad, Madrid, 1975, p. 1059)